

MUSEO DE ARTE Y MEMORIA
Lunes a viernes de 14 a 19 hs. Sábados de 16 a 20 hs.
Calle 9 nro. 984 entre 51 y 53. La Plata.
Tel.: 0221-1835590 / 4894179 / 4891132
museodearteymemoria@speedy.com.ar

Inauguración de la muestra fotográfica, viernes 30 de julio. 18 hs.



Arqueología de la ausencia

Lucila Quieto

museo de arte y memoria

CALLE 9 NRO. 984 ENTRE 51 Y 53. LA PLATA.



El tiempo ha hecho sus advertencias, pero algo permanece en franco desacato. Se dirá que así es la memoria, que así disponemos nuestra observancia hacia lo que llamamos arte, precisamente porque sabe emancipar ciertos objetos del normal flujo del tiempo.
Horacio González

La fotografía es más que una prueba: no muestra tan sólo algo que ha sido, sino que también y ante todo demuestra que ha sido.
Joaquín Sala Sanahuja

La expresión “poner el cuerpo”, coloquialmente, remite a un individuo que se compromete con una causa. La causa que moviliza a Lucila Quieto, llevándola a utilizar la fotografía como herramienta de acción, parece ser la de “re-construir una realidad ausente”, suturar un tejido rasgado,

representar(se) su propio pasado. Ante la falta de imágenes que le permitan constatar su origen en tanto linaje —Carlos Alberto Quieto fue secuestrado y desaparecido durante la última dictadura militar, antes del nacimiento de su hija— Lucila decide subvertir la temporalidad, alterar desde el lenguaje del arte el destino al que un Estado terrorista la supo confinar.

Proyectando imágenes que destilan memorias públicas o privadas, Lucila “pone el cuerpo” e invita a otros jóvenes, en su mayoría de la agrupación HIJOS, a “visitar” las viejas fotografías de sus padres, a inscribirse en la escena familiar y entablar un diálogo tan imposible como necesario. El procedimiento técnico (y el juego que Lucila propone) le permite a Marta, por ejemplo, volver a sentarse en la falda de su madre (ahora, ambas casi con la misma edad) o, a Lucía, estam-

parse en la piel (e incluso traspasarla) la sonrisa de sus padres cuando, hace años, le dieron un abrazo. Es casi inevitable sentir que ante estas fotografías asistimos a una suerte de reparación afectiva. En este sentido, acordamos con Horacio González cuando afirma que “lo desaparecido deja su huella en la imagen y estas huellas siempre prometen una reparación y un resurgimiento”. De la serie “Arqueología de la ausencia” parece emanar el ruido del tiempo (aunque no se escuchan relojes o campanadas). Estas fotografías, también, segregan una no resignación: pese al corte brutal que se impuso entre ellos, padres e hijos se encuentran en una dimensión temporal que el arte con su capacidad ficcional se encuentra en condiciones de brindar.

FLORENCIA BATTITI (CURADORA)

Sobre Arqueología de la Ausencia

Las fotos delatan el paso de un tiempo arrasador. Parecen haber sobrevivido a algún terremoto. Están ajadas, quebradas, rayadas, reconstruidas. Se resisten a dejar de ser, a desaparecer. Ahí están, a pesar de todo, esas fotos. Subsisten aunque no ilesas. Y ese barro es justamente lo que les otorga su potencia.

Ahora, padres e hijos se miran de reojo; ahora miran juntos hacia algún rincón; ahora se desconocen y desconfían. A través de las miradas entablan un nuevo, incipiente diálogo visual. Es un diálogo sin testigos ni intrusos pero con interferencias, con ruido. No terminan de entenderse esas dos generaciones. Un tornado los separa. Se miran desde las orillas de tiempos distintos. El terrorismo de Estado quiso imponer un abismo entre ellos. Pero las fotos (y no sólo ellas) suturan esa distancia en forma de un puente que todos los días se edifica.

Llaman esos padres con su mirada y fingen los hijos estar ahora ellos construyendo su propio tiempo.

Las fotos parecen húmedas, son hallazgos de un tiempo perdido. Nos ligan a ese tiempo, nos conminan a visitarlo. Queremos saber de aquel tiempo que a su vez no deja de interpelarnos.

Y a la vez, nos hablan de un momento, de un instante que remite a una época. ¿Están esos padres iniciando un camino sin saberlo? ¿Son conscientes ya a esa altura de la empresa en la que se embarcan? ¿Están a minutos del final? ¿Qué piensan... de la vida, de la lucha, de sus hijos? ¿Qué esperan? ¿Qué ansían? ¿Qué descartan? ¿En qué foto no se imaginan? ¿Que situación no conciben afrontar?

Miran los hijos como pidiendo explicaciones. Se carga Verónica la estampa de su familia. Sacca pecho y mira al futuro, con ellos detrás. ¿Los cubre? ¿Se adelanta a ellos? ¿Los contiene?

Laurita mira y es testigo de lo que no fue. Juzga con la mirada. Se confunde con ese otro tiempo que también la contempla

Paula sabe que su padre está ahí atrás. Lo muestra con su gesto. Lo percibe y piensa en esa cercanía imposible; en ese juego que es posibilidad

y es frustración. Ese juego que no lo es tanto. Ella y su padre están quietos. La inminencia sobrevuela la imagen. Algo va a pasar... o acaba de pasar. La foto sorprende a Demian y a su viejo. Uno toma mate, el otro se prepara. El flash los desconcentra, los llama, los fusiona y los iguala. Los pone a mirar hacia el mismo norte.

Lucila mira con una mezcla de paranoia y temor. Sabe también que algo va a pasar. Ahí está Carlos, su padre, sonriendo. No puede Lucila advertir sobre lo que sabe inevitable. Carlos transmite confianza en su propia certeza. Sonríe con convicción. Hay otra foto que los muestra juntos. Es una foto carnet. Carlos tiene cara de trámite, de rutina. Quiere terminar con eso y salir a la vida, a continuar con lo suyo. Lo están esperando para una reunión y se hace tarde. Lucila, en cambio, vuelve a aparecer violentada por la presencia de una cámara que la identifica, la vigila, la domestica. Para ella, la foto representa dispositivos de control e inminencia de castigo. Para su viejo, pura burocracia. Guille mira con sorpresa, casi tratando de contener el flash que se le viene encima, se abalanza sobre ella. Su padre no hace lo mismo. Él elige qué y cómo mirar, posa su mirada en una

lejanía que se acerca, que no es imposible de alcanzar. El padre sabe que (más temprano que tarde) llegara a ese lugar donde ahora, en el momento de la foto, sólo se asoma la confianza.

Las fotos han tomado partido en la lucha por el sentido. Gatillan una y otra vez contra los muros del olvido. La memoria de las imágenes se filtra entre las grietas de la oscuridad y se impone. Se burla del temporal que aseguraba haber arrasado con todo y para siempre. Hijos y padres sonríen desde las fotos. ¿por qué lo hacen? ¿será que intuyen haber burlado eso que algunos llaman destino?

Más de 25 años después, millones hicieron añicos los cristales de un espejismo y dieron a luz otro tiempo en las calles. Hubo un estruendo, una develación. Los que pretenden ver a la historia clausurada están incómodos. Por eso vuelven a hablar el lenguaje de la muerte, el único que conocen. Pero el nuevo tiempo no se lleva bien con la quietud. Las paredes gritan “que venga lo que nunca ha sido”. Y vuelvo a pensar que sólo desaparece lo que no deja huella.

DIEGO GENOUD